

una continua disciplina á grandes combates, y ávidos como todos los pueblos nómadas, que parecen privados del natural amor á la patria, ávidos de hollar nuevas regiones y respirar nuevos aires, soñaban allá en el fondo de sus bosques sombríos y de sus pantanos, con una tierra dulce, tranquila, hermosa, cubierta de flores, cargada de riquezas, muellemente reclinada á orillas de un mar apacible y sereno, ornada con todas las riquezas y todas las maravillas del arte; tierra, que destilaba vino y miel, y tenia hermosísimas mujeres y hombres débiles y afeminados; tierra, que al ver la espada de los bárbaros relucir como centellas sobre las cumbres de los Alpes caería sin fuerzas sobre su lecho de rosas. Tal era el pensamiento que Dios habia depositado con su soplo inmortal en aquella raza, para renovar la vida del mundo y continuar la trama nunca interrumpida de la historia.

Pero no era el Rhin la única puerta por donde la barbarie amenazaba á Roma; el Danubio tambien escondia tras sus riberas pueblos bárbaros, que estaban, nuevos cíclopes, forjando en sus yunques rayos contra la reina de las naciones; rayos cuyas chispas se veian brillar como una perpétua amenaza del cielo en tan oscuros y dilatados horizontes. Un hormiguero de pueblos inmensos se extendian de un lado á otro del Danubio, recostados muchos de ellos en las vertientes de los

Alpes, otros perdidos en los pantanos y en los desiertos, los más ocultos en desiertos inexplorados é inexplorables, donde el romano temia encontrar terribles rotas como Varo las habia encontrado en la Germania y Craso entre los parthos; de suerte, señores, que de aquellos pueblos solo se tenian las noticias dadas por los historiadores griegos, que los pintan feroces, indómitos, incapaces de toda disciplina, avezados al peligro y á la guerra, amantes de su libertad fiera y salvaje, constituidos en pequeñas tribus, adoradores de la naturaleza, con un sentido religioso bastante puro; dejándose llevar, sin embargo de la magia, del sortilegio y de los conjuros; y tan atrevidos, que cuando el cielo se cubria de nubes, y el aire se cargaba de tormentas, y el granizo cubria sus campos, y el rayo despedazaba sus encinas, en medio del fragor universal que produce naturaleza en estos grandiosos estremecimientos, se lanzaban al huracan, y asestaban sus flechas y sus dardos al cielo, desafiando orgullosos y airados al dios de las tempestades. Estos pueblos se dividian en varias naciones; los ilirios, los tracios, los dálmatas, los dacios y los getas. Un dia se levanta entre ellos un hombre extraordinario, que lleva en su frente la adivinacion del destino, en sus manos la espada de la victoria, en su pecho un amor inmenso á aquellas razas, y como si presintiera el gran proyecto que más tarde habia de cumplir



Atila, llama en su auxilio la magia, se reviste de resplandores celestes, levanta á su lado un oráculo, invoca lo extraordinario y lo maravilloso, y por un instante logra someter á un yugo comun aquellas razas y levantar casi una Roma bárbara en frente de la Roma civilizada; pero aquellos pueblos cegados un instante por un fugaz relámpago de gloria, y cediendo pronto á sus naturales instintos, que los llaman al aislamiento, hieren á su señor, sirviendo de esta suerte á sus eternos enemigos. Sin embargo, en estas razas nunca se agota la vida, y siempre se levantan algunos hombres extraordinarios. Roma habia escalonado en la cima de los Alpes y en las orillas del Danubio legiones, que sirvieran como de límite al encrespado mar de la barbarie. Pero en algunas ocasiones, no pudiendo los bárbaros del Danubio sufrir las depredaciones de aquellas huestes, se levantaban feroces en armas contra su poder. De esto nos dan elocuente testimonio los tiempos de Domiciano. Decévalo, jefe de los dacios, se sublevó contra el emperador. Este abandona á Roma, se dirige á los Alpes, llega á las orillas del Danubio ansioso de guerra y de venganza. Pero los que lanzaban sus flechas contra el cielo airado, mal podian temer la ira del hombre. Resisten, y resisten heroicamente á todas las huestes que contra ellos manda Roma. Sin embargo, estos pueblos, cuando al primer empuje no han vencido, fácil-

mente se desmayan y vencen. Decévalo manda á pedir la paz, y Domiciano rehuye concedérsela. Entonces los marcomanos se sublevan, el emperador quiere llevarles la guerra y pide al jefe de los dacios la paz que él mismo habia rehusado. Entonces el emperador, el que se habia creído un dios y habia cubierto el Capitolio de víctimas consagradas á humear en sus sacrificios, el que tenia en sus manos el timon de la tierra y en su cabeza la corona de todas las razas, el que veía en el polvo á sus plantas las naciones más belicosas, los íberos, los egipcios, los persas, los medas, los galos, todos los pueblos más indómitos; ese hombre con toda su divinidad, con toda su fuerza, con todo su poder, cuando los bárbaros le miraban con terror y hasta en los últimos límites del mundo se pronunciaba con miedo su nombre, se hace tributario del rey de los dacios, rey pobre, oscuro, semi-salvaje, y le manda barras de plata, y le pide infamemente la paz, y despues vuelve á Roma y consigue el triunfo, por haber infamado su gloria, por haber vendido su dignidad, por haber quebrantado su incontrastable omnipotencia; y ¡oh mengua! el senado le concede la corona de laurel, el pueblo le acompaña con sus aplausos, y los poetas cantan sus victorias, y hasta los sacerdotes le queman el incienso guardado antes á los dioses; tristes señales, en verdad, de la ruina de Roma.



Aún había otros pueblos más bárbaros. Dios tenía enfrenados todos estos pueblos, porque no había sonado aún la hora de la descomposición y ruina del mundo antiguo. Más allá del espacio que ocupaban los getas, dilatándose hasta Palus Meotides, se extendían otros pueblos de menor unidad que las razas del Danubio, de más barbarie é independencia que las razas del Rin. Herodoto ha dejado una descripción viva y animada de los escitas, de este pueblo salvaje, que había de castigar á los romanos. Criados en chozas de paja, viviendo como las fieras abandonadas á su instinto, engendrados al fragor de la guerra y los combates, sin más Dios que un hierro mohoso y sangriento puesto sobre una piedra; montados siempre en sus caballos indómitos é impetuosísimos; devorando carne cruda y fresca, bebiendo la leche de alimañas salvajes, libando sus fétidos licores en los cráneos de sus enemigos, llevando siempre á su lado las cabezas cortadas en los campos de batalla, envueltos en las pieles de víctimas humanas adobadas de una manera desconocida y extraordinaria; estos escitas guardaban en la inmensa soledad de sus dominios el castigo del mundo antiguo, y así eran feroces, apegados á sus negras tradiciones, pues á los horrores que hemos recordado reunían el sacrificar los prisioneros de guerra en las aras de su sangriento dios, y matar familias enteras de siervos sobre la

tumba de sus reyes y de sus príncipes. Y cercanos á estos pueblos se alzaban también los piratas del Cáucaso. Estos hacían unas barcas particulares cubiertas, y en ellas se arrojaban á las ondas cuando más arreciaba la tempestad; y doquier el viento los impelia, allí ejercitaban su rabia y su furor, volviéndose á sus cavernas cargados de despojos. Roma, en realidad, nada podía temer de estas razas, porque para llegar á sus muros tenían que atravesar muchos pueblos también bárbaros, escalonados como un gran ejército que espera sólo la señal y la hora del combate.

Pero, señores, antes de concluir debo hacer una advertencia respecto á estos pueblos, que es muy oportuna, muy oportuna. Ellos habían de formar toda la trama de la historia moderna. En toda la civilización hay dos elementos; la unidad de la vida social y la variedad de la vida individual. Los pueblos germanos debían traer esos elementos; la variedad de la vida individual para que se viese que cada paso que dá la historia es un paso hácia la libertad del hombre; y la unidad de la vida social, para que se viese que la obra maravillosa del Imperio romano de ninguna suerte podía perderse en una hora fatal para el mundo. La idea de la variedad de la vida, del individualismo, debían aportarla á la historia contemporánea los pueblos de las orillas del Rin, los pueblos descritos por Tácito; al paso que la unidad social, la vi-



da uniforme de la especie, debían representarla los pueblos de las orillas del Danubio, más disciplinados, más orientales, los pueblos descritos por Amiano Marcelino. De esta suerte preparaba Dios la transformación lógica y necesaria del mundo.

Pero es necesario estudiar otras regiones, que pertenecen más por la historia á los tiempos que voy narrando. Hablo de la Armenia. El monte Ararat, centro de esta region, era como el núcleo de todas las grandes cordilleras que se esparcian por toda el Asia Menor. De sus montañas bajaban el Tigris y el Eufrates, esos rios que han guardado en su seno tantos misterios de religiones y de imperios y en sus aguas han arrastrado tantas lágrimas de pueblos y de esclavos. Estas regiones montañosas, pero de una situación admirable, servían como de nido al espíritu poético de Grecia, para seducir á la raza semítica. Así es, que la sirena griega escondida en aquellos transparentes lagos y límpidos arroyuelos, entonaba sus cánticos para seducir al austero semita. Los hebreos, que á la vista de su templo no hubieran sido capaces de un perjurio, cuando se asentaban en las piedras de Armenia á reposar bajo sus cedros, y oían el cántico eterno del espíritu griego que habían dejado los seléucidas encerrado en aquella oriental naturaleza, embriagados de amor, prevencaban y ponían en olvido el altar y el Dios de sus padres. Y como el espíritu griego por una

ley general de la historia debía filtrarse en las venas de Asia, para devolverle la vida que de Asia había recibido, no pudiendo penetrar por las puertas del templo de Salomon cerradas á toda idea extraña, derramaba sus caudales en los desfiladeros de Armenia para que los pueblos asiáticos templaran su ardiente sed de lo infinito en las mismas corrientes de su vida purificada por el maravilloso genio helénico. La Armenia había sufrido varias transformaciones en su historia. Los persas la sujetaron á su dominio, porque la espada de los persas era para aquellos pueblos como el cayado del pastor para sus ganados. Pero como la espada persa no podía sostener por mucho tiempo el hilo de la historia asiática, pronto aparece por aquellos valles y aquellos montes un nuevo conquistador, que lleva en su frente el sello de la predilección del destino, y en sus manos cadenas de oro para amarrar el Asia, y en sus labios palabras de amor para impregnar de un nuevo espíritu aquellos secos aires. Este hombre extraordinario se llama Alejandro. Después quedan en Armenia por largo espacio de tiempo los seléucidas, los sucesores de Alejandro, encargados de velar por la idea, que como un filtro de nueva vida había llevado el conquistador al Asia. Más tarde, en aquella larga y oscura historia del Oriente, la Armenia sufre grandes cambios y transformaciones, ora entregada á los parthos, ora á Mitridates del Pinto,



ora á otros pueblos y reyes, pocas veces á sí misma, á su autonomía, á su independencia. La Armenia habia de ser un campo de batalla para Roma. La Ciudad Eterna tenia en frente á los germanos del Rhin, á los getas del Danubio, á los parthos del Eufrates. Para sujetar á los germanos habia menester las Galias, para sujetar á los getas la Pannonia, la Iliria y la Tracia; para sujetar á los parthos la Armenia. Y la razon de estos tres puntos de estrategia militar es sencilla; los necesitaba para tener en paz su dilatado Imperio, para libertar la civilizacion de las irrupciones de la barbarie. Y en efecto, los germanos, blandiendo sus lanzas, sus espadas; los getas, lanzando ahullidos horribos; los parthos, montados en sus salvajes caballos, con el arco en la mano y el carcax á las espaldas, por un instinto ciego, por avidez de dilatar su vida y su Imperio, estaban siempre ansiando caer sobre Roma para pisotear sus diademas, fundir en el fuego de su ira aquella su tiránica espada y repartirse sus despojos. Los parthos especialmente, cuando poseian la Armenia, comenzaron amenazas temibles sobre las posesiones de Roma. Y en efecto, Artabano, rey de los parthos se posesionó de este pais, y sacrificó impiamente á Tigranis, que habia abandonado el verdadero Dios, sí, el Dios de los hebreos, para recibir el antiguo espíritu de los selúcidas. Pero en tiempo de Claudio, el ilirio Mitridates se apoderó

del trono de la Armenia. Mas bien pronto Rhadamisto, su sobrino, á quien Mitridates habia recibido como un hijo, le ahogó, y se posesionó del trono. Entonces los parthos proclaman á Tiridates por rey de Armenia. Pero Corbulon, guerrero romano, dice que no consentirá que príncipe alguno se sienta en el trono de Armenia, sin haber antes con toda solemnidad recibido de manos del emperador romano su diadema. Reinaba en este tiempo Neron. Tiridates, convencido de que Roma tenia en sus manos el principio de toda soberanía, la fuerza y el origen de todo poder, se encaminó á la capital del mundo. Su viaje fué por tierra, y duró más de nueve meses. Tiridates, montado en un caballo, partióse arrastrando por los campos su púrpura oriental, como para llevar á Roma en los pliegues de sus ropas átomos de polvo de todas las generaciones que Roma necesitaba para formar el cuerpo de la nueva humanidad. Acompañábale su mujer, cuyo rostro iba cubierto con un casco de oro, varios príncipes armenios, tropas de su raza; todo ese lujo que distingue al Oriente. Cuando llegó á Iliria, le aguardaban carrozas de marfil que le condujeron á Roma; cuando entró por las puertas de la Ciudad Eterna, Neron, en traje de triunfo le acompañó, y el pueblo le siguió con sus aplausos y su entusiasmo; cuando llegó el dia de su coronacion, un trono fué levantado en medio del Foro, el emperador vestido de



púrpura y seda le ciñó la diadema delante de todo el pueblo; cuando siguieron los festejos por tan extraordinario suceso, Neron, para celebrarlo, entoldó con púrpura el teatro, tocó la citara como un farsante, corrió su carro en el circo como si fuera un gladiador; y cuando llegó la hora de volver al Asia, habiéndose embarcado en Brindis, los pueblos europeos de las orillas del Mediterraneo, las ciudades griegas, las islas cicladas y sicilianas le refirieron sus misterios, le mostraron sus oráculos, le admitieron en sus templos, como si vieran en el viaje de aquel rey representada la armonía de dos civilizaciones enteras, la fusión de dos mundos enemigos, la unidad de la especie humana que todos los pueblos buscaban intuitivamente en esta solemne edad de la historia.

Al lado de la Armenia se levantaba el gran Imperio de los parthos. Detengámonos un instante á contemplarlo. Los Arsácidas, sus señores, hábiles en manejar el caballo y disparar el arco, reyes de reyes, ceñidos con las tiaras que habian llevado los persas, los medas, los babilonios, extendiendo sus dominios desde el Eufrates hasta el Indo, elevados al trono por los sátrapas, sus grandes feudatarios, y por tanto, dependiendo de la voluntad de estos nobles; siempre en la guerra y en la caza, entre festines bárbaros; amenazados de las luchas domésticas que traen consigo los serrallos y las dilatadas familias de los reyes orien-

tales; concentrando la autoridad en sí, pero repartiéndola al mismo tiempo entre mil príncipes que afilaban en silencio sus puñales para todo linaje de traiciones; menospreciadores del pueblo, que conducen al lado de su caballo á la guerra y de cuya suerte no se curan; siempre refrenando las ambiciones que se levantan entre las grandes cohortes de sus nobles y de sus príncipes, llegan á componer un estado extraordinario, desconocido, en que se ve al lado del despotismo absorbente, incondicional, guerrero de los pueblos primitivos del Oriente, el feudalismo y el fraccionamiento de los bárbaros pueblos de Germania. Es inútil referir las guerras de estos pueblos con Roma, que nunca llega á domeñarlos; ni las guerras de estos pueblos entre sí, que se reducen á traiciones de serrallos, á venganzas inícuas, á continuas luchas, á tempestades y tormentas desencadenadas por los señores feudales, á remachar la servidumbre y esclavitud en el pueblo, dispuesto á darse la muerte por el mismo señor que le designan los nobles, sus eternos enemigos.

El Eufrates separaba el Imperio romano del Imperio de los parthos; pero sus orillas estaban plagadas de árabes, indómitos á todo yugo, indóciles á todo poder, amantes de la vida nómada, verdaderos bandidos desparramados por los desiertos. Al Sur de Palestina erraban los árabes nabateos, enemigos de los reyes judíos, contra los cua-



les pedian proteccion á la señora de las naciones, á Roma. Cuando hoy el viajero recorre estos desiertos de las orillas del Eufrates, se espanta de ver en la tierra arenosa que habitaban esos bárbaros; tierra sedienta, ingrata, en que el suelo es infecundo y el cielo como de bronce; restos de arcos, de columnas, de anfiteatros, de puentes, señales que indican que Roma tenia tanta vida en su pensamiento, que donde ponía el pié hacia brotar grandes ciudades, venciendo y superando por su ciega confianza en su destino y en su genio, hasta la misma naturaleza. Cerca del Nilo se extendían los árabes nubianos, poco temidos porque eran poco guerreros. Pero al Sur se extiende un Imperio dilatado, rico en tradiciones históricas, enlazado por ideas comunes y comunes recuerdos con el pueblo hebreo, antiguo amenazador de los Faraones, y en este instante que historiamos, próximo á posesionarse de la Arabia y de domeñar sus tribus salvajes; Imperio, que la historia puede conocer y estudiar bien poco, porque encerrado en su aislamiento apenas tenia parte en la vida universal de nuestra especie; Imperio que se conoce con el nombre de Abysinia. Las costas del Mediterráneo africano pertenecían en verdad á Roma, pero su poder no habia de ninguna suerte alcanzado á tocar el interior del Africa, allí donde habia pueblos salvajes, errantes, sin jefe, sin ley, sin noción de justicia,

dados al robo, reclusos en inmensas soledades ó en cavernosas grutas, asilo de las fieras; que tienen por lecho el duro suelo, por alimento los dátiles de sus palmeras, por compañeros los tigres y leones; que ven siempre en todo hombre no perteneciente á su raza un enemigo; que el único signo de civilizacion grabado por ellos en el espacio son algunas torres, las cuales les servian como de fortaleza; razas, que aun vagan por las cordilleras del Atlas, por el interior del Africa, á pesar de los muchos civilizadores que han pisado las arenas de sus desiertos desde Omar hasta Almamun, y que aguardan el dia en que una raza más privilegiada les lleve la luz de la civilizacion, el néctar precioso de la vida, y las levante, por una educacion superior, del fondo de su barbarie á ser razas humanas, capaces de libertad y de derechos.

Hemos concluido esta revista de los pueblos dependientes de Roma, ó enemigos de Roma. Hemos visto el estado, la situacion de todas las razas. Hemos contemplado cómo en el instante mismo en que la idea cristiana descendía del cielo para unir el espíritu y fortificar la conciencia de la humanidad, los pueblos se unían, los pueblos se acercaban unos á otros, empujados por las legiones romanas. Todas las ciudades que habian contribuido á esparcir alguna idea grande y progresiva en la conciencia humana se unían; Jeru-



salem, que habia dado la idea de Dios; Atenas, que habia esculpido la idea del hombre; Alejandria, que habia interpretado todas las teogonias del Oriente; Roma, que habia reunido y disciplinado todas las razas de la tierra. El mundo callaba como para oir una verdad que todos aguardaban, que nadie conocia, y que el Cristianismo llevaba en su seno. Los profetas paganos sentian que aquel mundo tan inmenso y tan uniforme habia menester un espíritu más alto de libertad y de justicia. Séneca buscaba sobre los dioses del paganismo, sobre los seres individuales y fraccionados de la naturaleza, sobre los cielos y las estrellas un Dios de justicia; Lucano, al pulsar las cuerdas de su robusta lira, no pedia inspiracion al genio pagano, que habia iluminado la frente de todos los poetas desde Homero hasta Horacio, sino á un genio inmortal oculto en la conciencia humana; Tácito levantaba sus ojos al cielo pagano, y lo veia como de bronce á las oraciones y á los clamores de los hombres, vacío de toda divinidad, lleno de sombras; Roma no veia en el Panteon, en aquel templo de todos los dioses, una religion, una teogonia, sino trofeos amontonados de sus victorias, señales de su soberanía sobre toda la tierra. Y Roma no conocia que su trabajo de unidad, de armonía, no era para sí, no; era para otra idea más alta, para la idea cristiana.

Hemos visto cómo Roma habia realizado la unidad de la especie humana, atando á su carro los grandes guerreros del mundo antiguo, los españoles, los feroces y altivos galos, los dacios y los ilirios, todos los grandes pueblos que se extendian por los Alpes y los Pirineos; hemos contemplado á la Ciudad Eterna recibiendo en su alma la inspiracion divina de Grecia, trasformando en su pensamiento la filosofia clásica, pulsando la lira de los antiguos poetas, recogiendo las hojas de laurel que caian de la corona de los dioses y las musas; la hemos visto interpretar los oráculos del Egipto, recoger las ideas de Alejandria, aspirar los aromas de Cyrene, ceñirse la frente de flores en el Asia Helénica; y á pesar de tanta gloria, de tanto poder, de esta soberanía inquebrantable y cuasi divina, la hemos contemplado triste, zozobrosa, velando siempre á las orillas del Rhin, del Danubio, del Eufrates, temiendo las nubes que allí se condensaban, cortando el paso á los germanos, á los getas, á los parthos; pero con el triste presentimiento de que su Imperio se deshacia, á pesar de su fortaleza, para abrir paso á una nueva humanidad, á otra gran civilizacion.—He dicho.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.